

**LAS RELACIONES ENTRE
LA CONFIANZA Y EL
ASOCIACIONISMO EN
LA GENERACIÓN DEL
CAPITAL SOCIAL**

OBSERVACIONES SOBRE
LA EXPERIENCIA
LATINOAMERICANA

**Juan Jesús Fernández
Víctor Pérez-Díaz**

ASP Research Paper 87(a)/2009

Publicado en Carlos Gómez Bahílo, compilador, *El estudio de la realidad social. Libro homenaje a la profesora Ángela López Jiménez*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, pp. 157-174.

Juan Jesús Fernández, Estudiante de doctorado en el Departamento de Sociología de la Universidad de California, Berkeley.

Víctor Pérez-Díaz, Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid; y ASP, Gabinete de Estudios

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Juan Jesús Fernández y Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

En la última década ha surgido un intenso debate académico sobre la relevancia del capital social en el comportamiento colectivo. El concepto de capital social ha sido y es objeto de una discusión intensa.¹ En este caso, hemos querido centrar la atención en el análisis crítico de algunos estudios empíricos que parten, en lo fundamental, aunque con matices, de la conceptualización de Robert Putnam, y tratan de operativizar el esquema teórico para adaptarlo a las exigencias de su contrastación empírica cuando de lo que se trata es de explicar los procesos de generación del capital social. Nuestro análisis pone de relieve el carácter útil, interesante y sugestivo pero relativamente poco concluyente de varias de estas aportaciones, lo que sugiere la conveniencia de un retorno crítico a la conceptualización originaria. Los estudios en cuestión implican comparaciones internacionales muy amplias, pero ponen especial énfasis en los países de América Latina.² Efectivamente, diversos autores han propuesto comparaciones internacionales de los volúmenes de capital social por medio de índices contruidos combinando las tasas de confianza social y pertenencia o participación en organizaciones voluntarias. Por ejemplo, combinando estos dos factores Norris (2002) elaboró un índice y varios mapas de capital social de los cuales infirió que las sociedades escandinavas cuentan con elevados volúmenes de capital social mientras que las sociedades latinoamericanas y de Europa oriental disponen de bajo capital social.

Aunque estos esfuerzos de medición de los volúmenes de capital social sean dignos de encomio, se enfrentan a una dificultad todavía no superada por los científicos sociales, consistente en el desconocimiento de cómo se producen los procesos causales en la generación de capital social. La mayoría de los investigadores coincide en que dos componentes clave del capital social son, siguiendo la definición operativa de Putnam (2000), las redes sociales y las normas de confiabilidad y reciprocidad, aunque, en rigor, se trata de dos elementos que pueden combinarse de varias formas. En principio, altos niveles de confianza social favorecen la acción colectiva a través de organizaciones voluntarias. A su vez, en sociedades con sistemas democráticos y estados de derecho consolidados, los ciudadanos tienen mayores posibilidades de predecir un comportamiento acorde con las leyes por parte de sus conciudadanos, lo que habría de redundar en una mayor confianza social.

¹Puede verse, por ejemplo, Putnam (1993, 1995, 2000, 2003), Fukuyama (1995, 1999, 2002), Dasgupta (2002), Durlauf (2002), Ladd (1999), Schudson (2000), Lin, Cook y Burt (2001), Portes (1998), Portes y Landolt (2000), Pérez-Díaz (2003), Hall (2003), Wuthnow (2003) y Worms (2003).

²Sobre el tema del capital social, ligado al de la esfera pública, en América Latina puede verse Pérez-Díaz (2005).

Esta mayor confianza social se debería materializar en una mayor propensión a llevar a cabo proyectos de acción colectiva (con o sin fin de lucro) para la consecución de bienes tanto públicos como privados. Al mismo tiempo, como defiende Putnam, las propias redes sociales de colaboración, especialmente las no lucrativas, fomentan la confianza interpersonal. Pero la dirección de la causalidad en las relaciones entre todas estas variables no está clara; y, en definitiva, como ha señalado Pérez-Díaz (2003), los estudios de capital social todavía están aquejados de una insuficiente teorización sobre cómo se acumula el capital social.

Por otra parte, la comparación de los grados de desarrollo de las culturas cívicas de las sociedades venía de antes, y no ha comenzado con el debate del capital social (recuérdese el libro clásico de Almond y Verba (1963)). Desde los años sesenta, pero sobre todo desde los ochenta, se venía discutiendo empíricamente las diferencias internacionales en las actitudes cívicas. Una de las principales aportaciones en esta línea ha sido la de Inglehart (1988 y 1998), quien ha sido uno de los primeros en demostrar empíricamente la estabilidad de las diferencias internacionales en las culturas cívicas. Como él mismo afirmó, “encuentro un extendido síndrome de actitudes relacionadas que muestran una variación sustancial y consistente entre distintas culturas, con algunas sociedades caracterizadas por actitudes de satisfacción y confianza en mucha menor medida que otras. Las diferencias internacionales muestran una impresionante estabilidad en el tiempo. Aunque pueden variar (y las variaciones son de gran interés sustantivo), tienden a ser características culturales relativamente duraderas”(1988:1.215). Las sociedades a las que se refiere Inglehart son, fundamentalmente, las de influencia protestante y de influencia católica; en las primeras (anglosajonas y escandinavas) la cultura cívica es mayor que en las de influencia católica (mediterránea). Inglehart alude a una “síndrome de cultura cívica política y cultura cívica” compuesto por las opiniones sobre la satisfacción vital y satisfacción política, la confianza interpersona y el apoyo al orden socioeconómico. En este marco, cabe introducir la variable de la participación en organizaciones voluntarias. El activismo asociativo formaría parte del síndrome de cultura cívica y mostraría la misma tendencia que las variables mencionadas; y una participación alta en organizaciones voluntarias estaría asociada con el apoyo al orden político y económico.

Por tanto, si es cierta la tesis de Inglehart, como regla general, en las sociedades en las que la satisfacción con la vida, la confianza interpersonal y la participación voluntaria son más elevadas, el apoyo al régimen democrático y a la economía de mercado también serían altos.

Esta relación es aun más relevante si tomamos en cuenta que las variables cívicas explican mejor el apoyo a la democracia que las variables directamente relacionadas con la satisfacción democrática, como el apoyo al gobierno de turno. Aquí nos volvemos a enfrentar con el problema de la causalidad. No cabe afirmar con rotundidad que una alta cultura cívica sea la causa del apoyo a la economía de mercado y la democracia, ni tampoco que una alta cultura cívica es consecuencia directa de vivir en sociedades capitalistas y democráticas. Como constata Inglehart, lo más probable es que la dirección de la causalidad no sea unidireccional sino bidireccional. Esto es, la pertenencia a una sociedad abierta y liberal (democrática y capitalista) estimula una cultura cívica de alta confianza interpersonal, alta satisfacción vital, alto activismo asociativo y alto apoyo al orden socioeconómico. Y, viceversa, en las sociedades en las que la cultura cívica de los ciudadanos no es sólida, la consolidación de la democracia y el capitalismo resulta más improbable. Sea como fuere el proceso de causación, la cultura cívica individual depende de la sociedad en la que se viva. Según Inglehart, en aquellas sociedades en las que se confía más en los demás, se promueve la iniciativa privada y defienden las libertades públicas es más probable que los individuos que la integran participen más en organizaciones voluntarias.

La tesis de Inglehart sobre el síndrome de cultura cívica ha sido contrastada empíricamente por Seligson. En un estudio de 1994, Muller y Seligson comprobaron, con datos relativos a 27 países, para los años setenta y ochenta, que la confianza interpersonal tiene una baja influencia en el nivel de democratización en comparación con otras variables, como la distribución de ingresos. Según sus cálculos, estadísticamente más robustos que los de Inglehart, las variaciones en los porcentajes de población que confían en los demás no están relacionadas con la evolución de la democratización del país. De hecho, países como Argentina, Portugal o España han mejorado sustancialmente sus democracias a lo largo de los setenta u ochenta manteniendo una baja confianza interpersonal, y otros, como Guatemala y Panamá, no avanzaron en su consolidación democrática, pese a sus altos niveles de confianza interpersonal. Aunque la confianza no está relacionada con el cambio en el nivel de democratización a lo largo de los setenta y ochenta, Muller y Seligson comprobaron que la confianza sí está asociada con la duración de la experiencia democrática de los países. En aquellas sociedades que han tenido regímenes democráticos durante más décadas, una mayor proporción de ciudadanos confía en los demás. Esto llevó a Muller y Seligson a creer que la confianza interpersonal no actúa como causa (como estiman Verba e Inglehart), sino fundamentalmente como consecuencia de la democracia.

Pero la tesis de Inglehart sobre el síndrome de cultura cívica no se enfrenta sólo a un problema de causación, también a la posibilidad de ser el resultado de una correlación espúrea. Seligson (2002) ha advertido sobre los problemas inherentes en la construcción de comparaciones nacionales (macro) desde bases de datos creadas a nivel individual (micro). Según este autor, Inglehart cae en el error de imputar hechos a un orden superior desde una agregación de valores individuales, lo que se ha venido a llamar la falacia ecológica. Seligson también comprobó que la confianza interpersonal correlaciona positivamente con lo que cabe llamar la longevidad democrática. Sin embargo, al introducir una variable de control (PIB per cápita PPC), esta relación se elimina completamente. Y respecto a la asociación entre los tres componentes del síndrome de cultura cívica (confianza interpersonal, satisfacción vital y apoyo al cambio revolucionario), un análisis micro de cuatro oleadas de la EMV (Encuesta Mundial de Valores) (1976, 1981, 1986 y 1990) presenta una correlación positiva declinante. En 1976, la relación significativa entre las variables se producía en el 53% de los países, en 1981, en el 44%, en 1986, en el 31%, y en 1991, en el 39%. Estos bajos porcentajes llevan a Seligson a concluir que la misma evidencia utilizada por Inglehart no confirma a nivel micro las conclusiones que obtuvo a nivel macro, lo que levanta sospechas sobre la posibilidad de que se trate de una relación espúrea.

Otro esfuerzo destacado en la exploración de la relación entre capital social y confianza social ha sido realizado por Norris. Como fuente primaria, esta autora explotó al EMV de 1995-1999. En primer lugar, operativizó todavía más la definición putnamiana de capital social, seleccionando las dos principales variables analizadas en este texto: la pertenencia a organizaciones voluntarias y la confianza interpersonal. Respecto a la confianza interpersonal, se limitó a listar las proporciones de población que confía en los demás en cada uno de los más de cuarenta países participantes en la encuesta. El abanico de datos resultante era muy amplio (entre 0,65 y 0,05). Y en cuanto a la implicación en organizaciones voluntarias, elaboró tres indicadores “ante la considerable incertidumbre hacia la operativización empírica más apropiada”. En primer lugar, una tasa nacional media de pertenencia a asociaciones. En este caso, el abanico de datos resultante era también amplio (entre 1,00 y 0,28). En segundo lugar, una tasa media de tipos de organizaciones en los que participaba cada ciudadano de un país, con un abanico amplio de datos (entre 6,00 y 0,45). Y en tercer lugar, una tasa de activismo asociativo que combinaba la pertenencia o no a organizaciones voluntarias con la intensidad en la colaboración, lo que permitía, en la tercera oleada de la EMV, distinguir entre miembros activos o pasivos de las organizaciones. En el

caso de este indicador, el abanico de valores resultantes era estrecho (entre 9,33 y 14,54). Este último indicador (cuya construcción no queda especificada ni en el texto ni en las notas) es el que Norris decidió emplear en la construcción del índice de capital social, ya que supuestamente integra la información que aportan las distinciones entre miembros y no miembros, y entre miembros activos e inactivos. Al medir prácticamente distintos aspectos de lo mismo, lógicamente la correlación entre estos tres indicadores de participación asociativa eran muy altos (superiores a $r=0,75$).

El índice de capital social resultaría de multiplicar el valor de la tasa de confianza interpersonal por la tasa de activismo voluntario (que presenta una amplia variación, desde los tres primeros lugares hasta los tres últimos). La decisión (no justificada) de multiplicar (en vez de simplemente sumar o de someter a otro tratamiento estadístico) los dos indicadores mencionados, la tasa de confiados y la tasa de activistas asociativos, tiene relevantes consecuencias en el índice de capital social resultante. La baja desviación típica de la variable activismo asociativo junto a la alta desviación típica de la variable de confianza social implica que el peso de esta segunda variable en el ranking resultante de volúmenes de capital social nacionales sea mucho mayor que el peso de la variable activismo asociativo. De este modo, la correlación entre el índice de capital social resultante y la tasa de confianza social es altísima ($r=0,97$), mientras que la correlación entre el índice de capital social resultante y la tasa de activismo asociativo es moderada ($r=0,39$). Ello significa que el índice de capital social mide prácticamente lo mismo que la tasa de confianza social. Y lo que tiene mayor importancia, que no toma en consideración un generador crítico de capital social como son las redes de participación construidas a través de las organizaciones voluntarias. En resumen, este indicador es científicamente poco fiable.

A título ilustrativo de los problemas que esto supone, baste una breve nota. En la parte más alta de la distribución destacan tres países escandinavos (Noruega, Suecia y Finlandia) seguidos de los anglosajones (Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda). En la zona media encontramos junto a España (puesto 16) varios países centroeuropeos como Eslovaquia (20) y Hungría (25), y en la parte más baja se encuentra el grupo de países europeo orientales y latinoamericanos. Respecto a estos últimos, Norris afirma que “los países de Sudamérica y Europa central se encuentran retrasados al final del ranking”. Siendo genéricamente cierta la afirmación, es necesario puntualizar que, si observamos la posición de los nueve países latinoamericanos que entraron en el estudio, resulta más exacto diferenciar entre dos grupos

de países, el formado por República Dominicana (12), Méjico (13) y Chile (19), que se encuentra en la primera mitad del cuadro, y el integrado por Argentina (38), Venezuela (40), Colombia (42), Perú (45) y Brasil (47), que se hallan en la parte más baja del cuadro. Resulta notable que estos cinco países sudamericanos cuenten con volúmenes de capital social, o mejor dicho, de confianza interpersonal, sustancialmente menores que Bangladesh (28) o Ghana (32), países ciertamente más subdesarrollados.

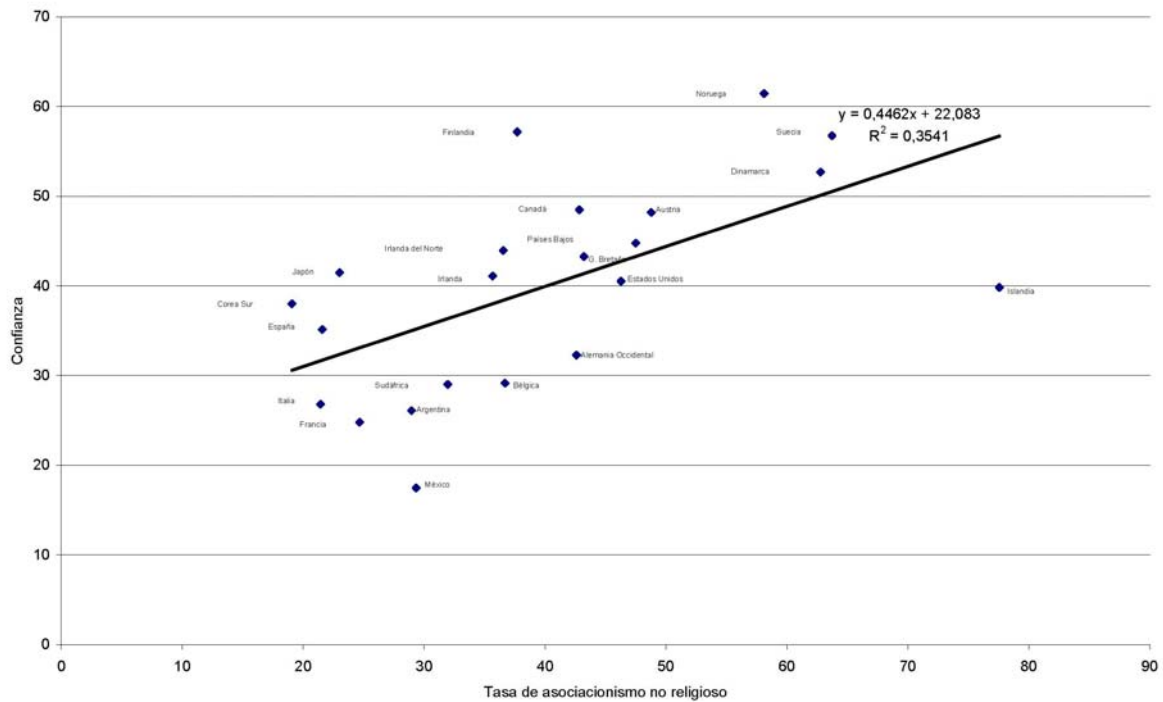
Otra aportación de Norris, más relevante, es la utilización de gráficos de dispersión para la medición de los volúmenes de capital social disponibles en cada sociedad. Según la autora, aplicando la hipótesis de Putnam, cuanto mayor es la tasa de asociacionismo mayor debería ser la confianza interpersonal. Por ello, en un diagrama de dispersión el cuadrante de mayor confianza y asociacionismo correspondería al tipo ideal de mayor capital social. El cuadrante de menor confianza y participación sería el tipo ideal de menor capital social. Y los dos cuadrantes restantes, con una alta participación asociativa y baja confianza interpersonal, y una alta confianza interpersonal con baja participación asociativa, darían lugar a tipos ideales intermedios.

Ante las limitaciones del índice construido por Norris, y con el fin de ofrecer una evaluación más válida de la relación entre el capital social y la confianza social, hemos construido un indicador alternativo de capital social basado en el nivel de asociacionismo, el cual hemos contrastado con el nivel nacional de confianza social. Como demostramos a continuación, de este ejercicio se desprende que ambos factores están positivamente relacionados. En los gráficos 1, 2 y 3 se presentan los mapas de capital social relativos a los primeros años ochenta, los primeros años noventa y el último lustro de los noventa. Para facilitar la comparación diacrónica y la comprensión de los indicadores hemos definido como variable independiente la pertenencia a asociaciones, en contraposición a la variable construida de activismo asociativo,. También hemos optado por excluir la pertenencia a organizaciones religiosas ante las elevadas tasas de pertenencia a este tipo de organizaciones resultante en la última oleada de la EMV. Lo primero que cabe reseñar es que, en tres momentos distintos, y con veinte, treinta y cinco, y cincuenta y un países, existe una relación moderadamente fuerte y directamente proporcional a nivel nacional entre la pertenencia a asociaciones no religiosas y la confianza interpersonal. Esto confirmaría la hipótesis de que, tomando como actores los estados nacionales, también se produce la relación positiva entre confianza y asociacionismo que Putnam señaló para los individuos. En 1981-1984 ($r^2=0,35$) la asociación entre ambos

factores era levemente más fuerte que en 1991-1993 ($r^2=0,32$), que a su vez era mayor que la asociación de 1995-1999 ($r^2=0,24$). Esto puede deberse a un declive progresivo de esta relación. O, lo que es más probable, que al incluir más países, aumentan las diferencias internacionales y se atenúan las homogeneidades. Por otra parte, a mediados de los noventa, la participación en sólo dos tipos de entidades tenía una relación con la confianza interpersonal. La tasa de afiliación sindical ($r^2=0,27$) y la tasa de asociacionismo deportivo ($r^2=0,16$) crecían de manera directamente proporcional con la confianza en los demás. Pero esta confianza no parecía estar relacionada con la participación en organizaciones benéficas, religiosas, partidistas, medioambientales, profesionales o artísticas.

A comienzos de los años ochenta, distinguiendo entre cuatro tipos ideales de volumen de capital social, tres países escandinavos (Noruega, Suecia y Dinamarca) destacaban sobre el resto en el cuadrante de máximo capital social. Todavía dentro del cuadrante de máximo capital social, pero ya casi en la intersección con los otros cuadrantes, hallamos tres países anglosajones (Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos). En los cuadrantes de capital social intermedio se encontraban Alemania occidental, Finlandia y Japón. Y en el cuadrante de menor capital social se encontraba un grupo dispar de países. Por un lado, tres mediterráneos (España, Italia y Francia), junto a Corea del Sur, Sudáfrica y Bélgica. Y por otro lado, los dos únicos países latinoamericanos que participaron en esta oleada de la EMV: Argentina y Méjico (gráfico 1).

Gráfico 1. Confianza y asociacionismo no religioso, 1981-1983

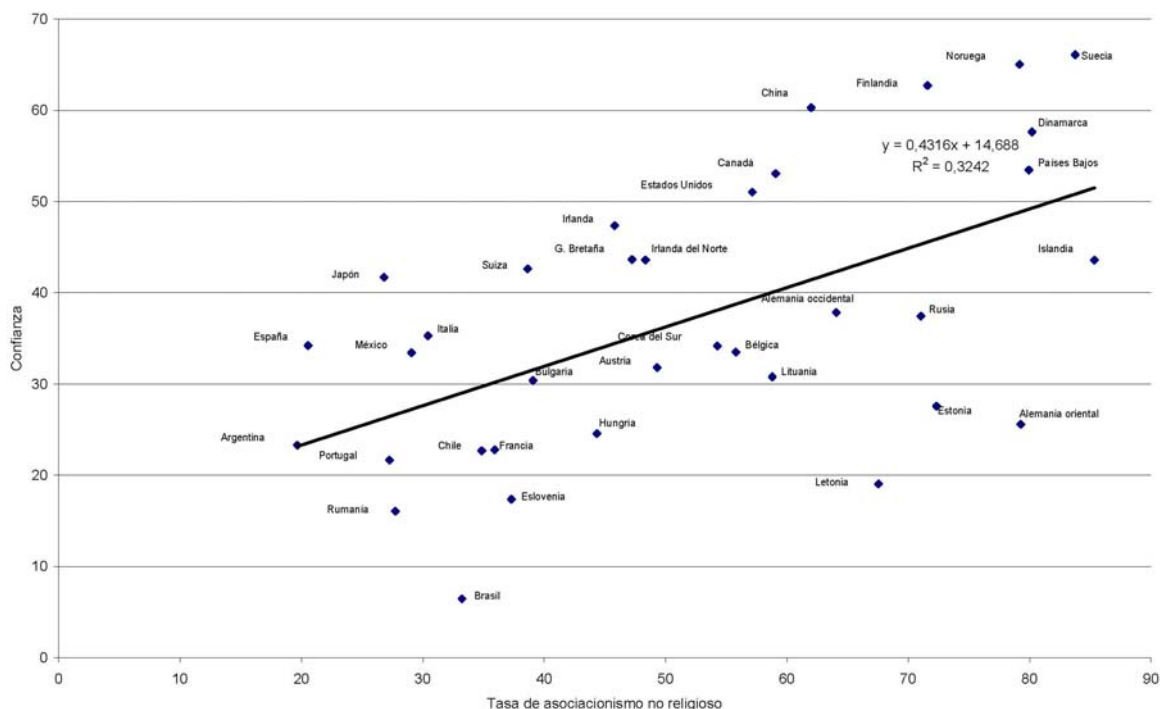


Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores 1981-1984

Diez años más tarde, hacia 1991, los países escandinavos (en este caso, los cuatro) alcanzaban los niveles máximos de capital social, mientras que los países latinoamericanos (en esta ocasión, cuatro) también se encontraban en la situación opuesta con los mínimos volúmenes de capital social. En el cuadrante de capital social máximo persistían Estados Unidos, Canadá y los Países Bajos. Y se incorporaban otros como China³. A comienzos de los noventa, Irlanda y Japón mantenían su condición de países con un capital social intermedio. En esta situación también se encontraban cuatro sociedades de Europa oriental con un nivel de desarrollo económico relativamente alto (Alemania oriental, Lituania, Estonia y Letonia). Y en el cuadrante de menor capital social permanecían los tres principales países mediterráneos (España, Francia e Italia). Cuatro ex repúblicas soviéticas (Hungría, Eslovenia, Rumanía y Bulgaria) también contaban con bajo *stock* de capital social. En cuanto a los países latinoamericanos, Argentina, Chile y Brasil se encontraban entre los países con menor capital social, y Méjico se acercaba, junto con España e Italia, al cuadrante de los países con un capital social intermedio (gráfico 2).

³Paradójicamente, Fukuyama (1995) ha definido a China como una sociedad familista con baja confianza generalizada, y a Japón como una sociedad con elevados niveles de confianza generalizada y elevados volúmenes de capital social.

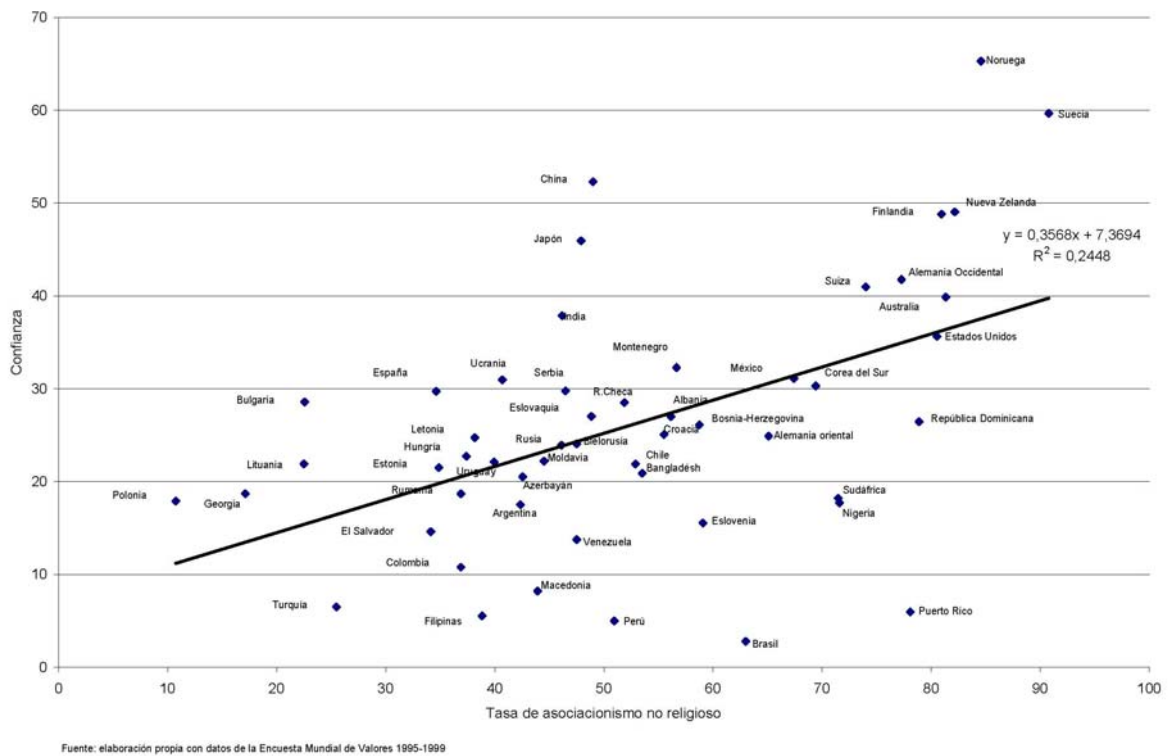
Gráfico 2. Confianza y asociacionismo no religioso, 1991-1993



Fuente: elaboración propia con datos de la Encuesta Mundial de Valores 1991-1993

En el último gráfico, relativo a 1995-1999, se mantienen los dos extremos, por un lado, tres países escandinavos y, por otro lado, la mayoría de los países latinoamericanos. México y Brasil han pasado a situarse entre los cuadrantes de mayor capital social y capital social intermedio, debido a la participación en el estudio de más de veinte (casi la mitad del total) países de Europa del Este, la mayoría de ellos con bajos niveles de confianza social y asociacionismo. Estados Unidos y Alemania occidental se mantuvieron en el cuadrante máximo capital social, mientras que Japón y España (este último “ascendido” con motivo de la llegada de los países euro orientales) tenían un capital social intermedio. En cuanto a los países latinoamericanos, Argentina y Chile seguían en el cuadrante de mínimo capital social, en esta ocasión junto a Uruguay, Venezuela, Perú, Colombia y El Salvador. Por su parte, Puerto Rico y República Dominicana cuentan con una tasa de participación en organizaciones voluntarias similar a la estadounidense, y la República Dominicana también con una tasa alta de confianza interpersonal, pero Puerto Rico combina un aparentemente alto activismo asociativo con una de los niveles de confianza interpersonal más bajos (gráfico 3).

Gráfico 3. Confianza y asociacionismo no religioso, 1995-1999



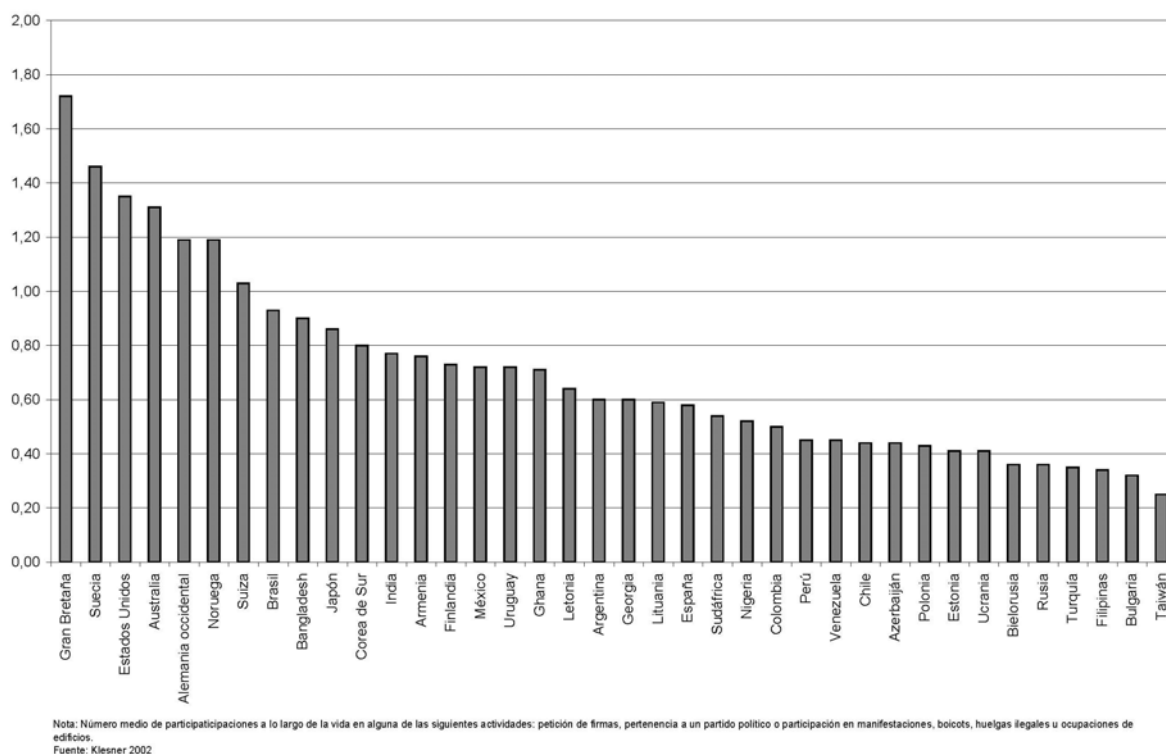
La evidencia presentada en los gráficos 1, 2 y 3 confirma una tesis clásica de la teoría política revitalizada recientemente por el debate del capital social: la cultura cívica nacional depende de las tradiciones culturales asociadas a legados históricos. El análisis de Norris, que se limitó a la última oleada de la EMV, concluye afirmando que “el mapa revela que el capital social es más evidente en la región nórdica y en la mayoría de las democracias anglo-americanas, caracterizadas por una elevada confianza y alta pertenencia a organizaciones, y menos aparente en las sociedades post-soviéticas centro europeas y sudamericanas de baja confianza y bajo asociacionismo” (2002). Nuestra propia explotación de la EMV de mediados de los noventa, utilizando una variable más sencilla para medir la participación asociativa (la pertenencia a organizaciones no religiosas), también sugiere que las sociedades escandinavas destacan por alcanzar mayores niveles de capital social, seguidas de las sociedades anglosajonas, mientras que, en el extremo opuesto, se encuentra una buena representación de los países latinoamericanos. Pues bien, los mapas del capital social para comienzos de los ochenta y comienzos de los noventa también muestran el liderazgo de los países escandinavos, por delante de los angloamericanos, y la posición retrasada de las sociedades latinoamericanas.

A la luz de estos datos, las sociedades con democracias más estables y economías de mercado más consolidadas son las que disponen de mayores volúmenes de capital social. Norris se propuso contrastar la relación entre, por un lado, el capital social medido como confianza social y participación en organizaciones voluntarias y, por otro lado, el desarrollo socioeconómico, democrático y los niveles de tolerancia y cultura política. Y comprobó que la confianza interpersonal tiene una relación positiva y significativa con diversos indicadores de desarrollo socioeconómico y democrático (dieciséis de los diecisiete indicadores), a la vez que la pertenencia a organizaciones voluntarias mostraba una asociación mucho menos poderosa (sólo tres indicadores). Confían más que los demás los ciudadanos de las sociedades con mayor renta per cápita ($r=0,67$), esperanza de vida ($r=0,46$), nivel educativo ($r=0,48$), nivel de democratización en 1995 según la Freedom House ($r=0,37$) y el nivel medio de democratización entre 1972 y 2000 según la Freedom House ($r=0,44$). Pero aunque la influencia de la densidad asociativa en el desarrollo socioeconómico y político es baja, en cambio sí parece estar relacionada con la cultura política y la percepción subjetiva de buena gobernanza. En las sociedades donde se confiaba más en los demás y se participaba más en organizaciones voluntarias era significativamente más alta la tolerancia hacia los vecinos de otra etnia (tolerancia social), de igual modo que el estado de derecho y el gobierno eran más eficaces y la corrupción menos intensa.

Uno de los principales argumentos vinculados a las teorías del capital social defiende una relación causal entre la confianza social, las redes sociales y la participación política. Según esta hipótesis, el desarrollo de densas redes sociales de lazos blandos está asociada con elevados niveles de confianza social, que a su vez fomentan la participación política y una mayor y más saludable experiencia democrática. Klesner (2002) se propuso la tarea de comprobar cuantitativamente esta hipótesis en la región latinoamericana. Para ello explotó los datos de la EMV 1995-1997 correspondientes a ocho de los principales países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela). Klesner parte del supuesto de que ya existe evidencia cualitativa que sugiere la capacidad de los latinoamericanos más desfavorecidos para implicarse en procesos de movilización política popular a través de redes sociales. Para su estudio construyó dos índices: el índice de actividad política y el de participación social. El índice de actividad política se compone de seis indicadores (firma de peticiones, participación en manifestaciones, pertenencia a algún partido político, y participación en huelgas ilegales, ocupación de edificios o boicots). En realidad, la selección de estos indicadores para medir la actividad política resulta

problemática. Pero con todo, pese a los problemas derivados de la construcción de la variable dependiente, éste es uno de los pocos estudios que hasta la fecha han analizado cuantitativamente las implicaciones de la pertenencia en organizaciones voluntarias no políticas en la participación política. El índice de actividad política muestra que la mayoría de los países de la región se encuentran, en este aspecto, por detrás de las democracias liberales más consolidadas, pero en niveles similares a otras sociedades con democracias poco asentadas. Méjico y Uruguay y, especialmente, Brasil destacan por hallarse delante de algunas democracias estables como la española, pero los otros cinco países se encuentran detrás de todas las sociedades europeo-occidentales, aunque no así de las de Europa del este (gráfico 4).

Gráfico 4. Índice Klesner de Actividad Política (IKAP) según la EMV, 1995-1997



La principal aportación del estudio consiste en efectuar un análisis de regresión para definir qué factores inciden en la participación política. Klesner distingue tres tipos de factores: socio-demográficos, actitudinales y de capital social. Entre las variables socio-demográficas, destaca el nivel de estudios, gracias al cual este grupo de variables logra explicar el 6% de la varianza. Como han observado otros autores, cuanto mayor es el nivel de estudios mayor es la participación política. Ni los ingresos ni la edad mostraron, pese a lo esperado, una relación

significativa. En cambio, esto sí ocurrió con el género y el tamaño del municipio. Los varones participan más activamente que las mujeres; y tanto menor es el tamaño del municipio tanto mayor la actividad política. De las variables actitudinales, lo más destacado es que las personas cuya autoubicación ideológica se encuentra más a la izquierda y aquellos más insatisfechos con la acción del gobierno son más activos políticamente. Lógicamente, los más interesados en política participan más, pero obviamente en este caso la relación causal es borrosa y puede ser la inversa.

En lo que respecta al presente estudio, tiene especial interés el grupo de factores relacionados con el capital social. Klesner utiliza tres indicadores: la confianza interpersonal, la pertenencia a alguna organización voluntaria no política, y ver televisión, lo que según Putnam sería un factor inhibitorio de la participación cívica. En contra de esta última interpretación, Klesner no encontraría una relación significativa entre el visionado de televisión y la actividad política. En cambio, los dos principales componentes del modelo teórico del capital social (la confianza social y la pertenencia a organizaciones voluntarias), sí actúan en la dirección esperada, y de manera estadísticamente significativa. Las personas que más confían en los demás participan más en las seis actividades políticas marcadas por Klesner. No obstante, el hecho de que la relación muestre la dirección esperada no debería llevarnos a sobrevalorarla, pues la capacidad explicativa de la variable confianza es menor que todas las significativas indicadas anteriormente (educación, género, posición ideológica). En cuanto a la pertenencia a asociaciones, la adscripción a grupos religiosos o deportivos no es significativa. Sin embargo, sí parece serlo la pertenencia a organizaciones de fines recreativos o artísticos, medioambientalistas, profesionales y benéficos, aunque con valores menores que el nivel educativo y el género. El caso de los sindicatos es diferente, pues su valor alto y significativo puede explicarse porque la participación en este tipo de organizaciones conlleva en ocasiones la realización de acciones de protesta que el autor toma, precisamente, como un indicador de acción política; por ello, estimamos que no debería haberse integrado los sindicatos, de esa manera, en el modelo.

Klesner demostró que tomando como actores a los individuos (y no a las sociedades, como hacen Norris o Inglehart) para el conjunto de Latinoamérica, el capital social trae aparejado la participación política. Pero, ¿ocurre esto en cada uno de los ocho países estudiados? Por un lado, en cuatro países, Méjico, Brasil, Uruguay y Colombia, la asociación entre confianza social y participación política es la esperada, y significativa. En cambio, en Chile, es la

opuesta, y también significativa. En los otros tres países, Argentina, Perú y Venezuela, la relación no es significativa. Por otro lado, la influencia de la participación en organizaciones voluntarias en la participación política difiere considerablemente en los ocho países considerados. En Argentina y Uruguay, al margen de los sindicatos, no hay asociación entre la participación en ningún tipo de organizaciones voluntarias y la participación política. En Perú, Venezuela y Méjico esta relación sólo se da en dos tipos. En Brasil, en tres de los seis tipos. Y, por último, en Colombia es donde más se ajusta el modelo, ya que hay relación entre cuatro tipos de organizaciones y la participación política. Queda por saber si utilizando otros indicadores de participación política, los resultados diferirían, o no.

Aunque dos explotaciones metodológicamente diferentes (tomando como actores a las sociedades o a los individuos) de la misma fuente (la EMV de 1995-1999) confirman la relevancia del capital social en el funcionamiento de las democracias, una prueba de fuego para esta tesis sería su confirmación a través de la explotación de otra encuesta diferente, por ejemplo, el Latinobarómetro. Sólo hemos encontrado una investigación que realice un análisis sistemático del capital social en la región latinoamericana. Renno (2000) explotó el Latinobarómetro de 1996. Este autor parte de la tesis general de Putnam según la cual el capital social "se refiere a las redes, normas y confianza social que facilitan la coordinación para el beneficio mutuo" (1995:67) para argüir que una alta participación en organizaciones voluntarias está asociada con un alto compromiso de resolver problemas públicos y el control de la actividad estatal. En su argumentación está implícita la idea de que la acción colectiva es, a la vez, una consecuencia y un determinante del stock de capital social en una sociedad. Si el capital social es alto, aumentará la probabilidad de que los ciudadanos se involucren en asuntos públicos. Su acción tendrá resultados supuestamente positivos, que incrementarán la confianza en las normas y redes, lo que, a su vez, puede incrementar la participación ciudadana.

Para comprobar esta tesis, Renno tomó la participación en organizaciones voluntarias como variable dependiente. Y como variables independientes estableció indicadores de los dos grupos de variables que habitualmente son tomados como influencias de la formación de capital social: el conjunto de normas que estimulan la tolerancia y la confianza, y las instituciones formales que "permiten el establecimiento de unas expectativas mínimas de predictibilidad del comportamiento" (2000:3); de esta forma Renno (continuando una antigua discusión sobre la importancia relativa de las instituciones formales en la teoría del capital

social) enfatiza el hecho de que las instituciones formales cumplen un papel determinante en el incentivo o el constreñimiento de la acción colectiva. En el primer grupo incluyó variables como las actividades de ocio, el interés en asuntos políticos y públicos, el optimismo, la confianza interpersonal, la tolerancia, la satisfacción vital y la percepción de estabilidad económica. Y en el segundo grupo, variables como la confianza en las instituciones y el impacto de la ley en la vida cotidiana.

El tamaño de la muestra (con más de 16.000 casos) y la elección de una región en la que la estabilidad y predictibilidad institucional es menor que en las regiones sobre las que habitualmente se han llevado a cabo estudios sobre la formación de capital social (noroccidentales), hacen que la aportación de Renno al debate del capital social sea especialmente provechosa. El autor comprobó en una regresión logística que la pertenencia a asociaciones tenía en 1996, para Latinoamérica, una relación positiva y altamente significativa con tres actividades de ocio (leer periódicos, leer libros y practicar deportes), con estar interesado en asuntos políticos y colaborar en asuntos públicos, con ver la actualidad política en televisión, con la percepción de estabilidad económica y con la satisfacción vital; y, en menor medida, con la tolerancia política. Sin embargo, no halló una relación significativa con el optimismo por el futuro y la confianza interpersonal. Esto último chocaría a primera vista con el argumento de Putnam, para quien la confianza interpersonal resulta clave en la formación de capital social.

Pero quizá lo más interesante es que, según este estudio, dos variables políticas, la satisfacción con la eficiencia del sistema político y la percepción del marco institucional tendrían una relación positiva significativa y mayor que las variables culturales en la participación de los latinoamericanos en acciones colectivas.⁴ La conclusión sería que el capital social se forma en menor medida por factores culturales como la tolerancia y la confianza, que por opciones vitales individuales (interés en la política y distribución del tiempo libre), y que junto a los factores culturales habría que destacar (y por encima de ellos) a los político-institucionales. Renno enfatizaría así el papel del estado y del sistema político en el desarrollo de la sociedad civil: "El estado, por medio de la imposición de un orden legítimo, constriñe el comportamiento oportunista, dando lugar a un sentimiento generalizado

⁴Con todo, hay que decir que la variable "confianza en que la legalidad se cumple igual para todos" tiene una relación negativa con el activismo asociativo, lo que no confirma una expectativa de defensores de la influencia de factores políticos en la formación de capital social, como Sidney Tarrow.

de confianza en la esfera pública y en las interacciones con los otros” (2000:21). Por su parte, Seligson (2002) explotó la misma encuesta (Latinobarómetro 1996) desde una perspectiva micro, y sólo halló una relación positiva y significativa (0.05 o menor) entre la participación en asociaciones y la confianza interpersonal en 5 de los 17 países. Según él, en sólo el 35% de los países de la región se presentó una relación estadística significativa entre confianza interpersonal y preferencia por la democracia, y, lo que es peor, en ocho países, que incluyen Brasil, Méjico y Venezuela, aquellos que confiaban más en los demás defendían en mayor medida gobiernos autoritarios. Pero a su vez este mayor peso atribuido a los factores políticos que a los culturales implica una conceptualización de la política de la que la dimensión cultural estaría poco menos que ausente. Un supuesto que, sin embargo, sugiere un entendimiento de la política un tanto borroso, que, a su vez, exige una clarificación que los estudios comentados no han acabado de realizar; o, tal vez, no han empezado a hacer.

Referencias bibliográficas

Almond, Gabriel A. y Sidney Verba. 1963. *The Civic Culture*. Princeton: Princeton University Press.

Dasgupta, Partha. 2002. "Social capital and economic performance: analytics". University of Cambridge/Beijer International Institute of Ecological Economics Stokholm (mimeo).

Durlauf, Steven N. 2002. "The empirics of social capital: some skeptical thoughts", presentado en la Roundtable of Operationalizing Social Capital, en marzo de 2002, Social Development, The World Bank Group.

Fukuyama, Francis. 1995. *Trust. The social virtues and the creation of prosperity*. Nueva York: The Free Press.

Fukuyama, Francis. 1999. *The great disruption. Human nature and the reconstitution of social order*. Nueva York: The Free Press.

Fukuyama, Francis. 2002. "Social capital and development: the coming agenda", *SAIS Review*, XXII, 1 (invierno-primavera 2002): 23-37.

Hall, Peter A. 2003. "El capital social en Gran Bretaña", en Robert D. Putnam, ed., *El declive del capital social*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 35-92.

Inglehart, Ronald. 1998. *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Inglehart, Ronald. 1988. "The renaissance of political culture", *American Political Science Review*, 82, 4: 1.204-1.230.

Klesner, Joseph L. 2002. "Social capital and political participation in Latin America", *Kenyon College*, documento no publicado.

Ladd, Everett Carl. 1999. *The Ladd report*. Nueva York: The Free Press.

Lin, Nan; Karen Cook y Ronald Burt. 2001. *Social capital: theory and research*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

Muller, Edward y Mitchel Seligson. 1994. "Civic culture and democracy: The question of causal relationship", *American Political Science Review*, 88, 3:635-654.

Norris, Pippa. 2002. *Democratic Phoenix. Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pérez-Díaz, Víctor. 2003. "De la guerra civil a la sociedad civil: el capital social en España entre los años treinta y noventa del siglo XX"., en Robert Putnam,ed., *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Barcelona: Galaxia Gutemberg, 427-491.

Pérez-Díaz, Víctor. 2005. *Sueño y razón de América Latina*. Madrid: Taurus.

Portes, Alejandro. 1998. "Social capital: its origins and applications in modern sociology", *Annual review of Sociology*, 24 (enero): 1-24.

Portes, Alejandro y Patricia Landolt. 2000. "Social capital: promise and pitfalls of its role in development", *Journal of Latin American studies*, 32: 529-547.

Putnam, Robert. D. 1993. *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.

Putnam, Robert D. 1995. "Bowling alone: America's declining social capital", *Journal of democracy*, 6, 1: 65-78.

Putnam, Robert. 2000 [1995]. *Bowling alone: the collapse and revival of American community*. Nueva York: Simon & Schuster.

Putnam, Robert D., ed. 2003. *El declive del capital social*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

Putnam, Robert, Robert Leonardi y Raffaella Y. Nanetti. 1993. *Making democracy work: Civic traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.

Renno, Lucio. 2000. "Microfoundations of social capital: membership to associations in Latin America", *2000 Meeting of the Latin American Studies Association*.

Schudson, Michael. 2000. *The good citizen. A history of American civic life*. Cambridge: Harvard University Press.

Seligson, Mitchell A. 2002. "The renaissance of political culture or the renaissance of the ecological fallacy?", *Comparative Politics*, 34, 3: 273-292.

Worms, Jean-Pierre. 2003. "Viejos y nuevos vínculos cívicos en Francia", en Robert D. Putnam, ed., *El declive del capital social*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 273-343.

Wuthnow, Robert. 2003. "El carácter cambiante del capital social en Estados Unidos", en Robert D. Putnam, ed., *El declive del capital social*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 543-620.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es

www.asp-research.com